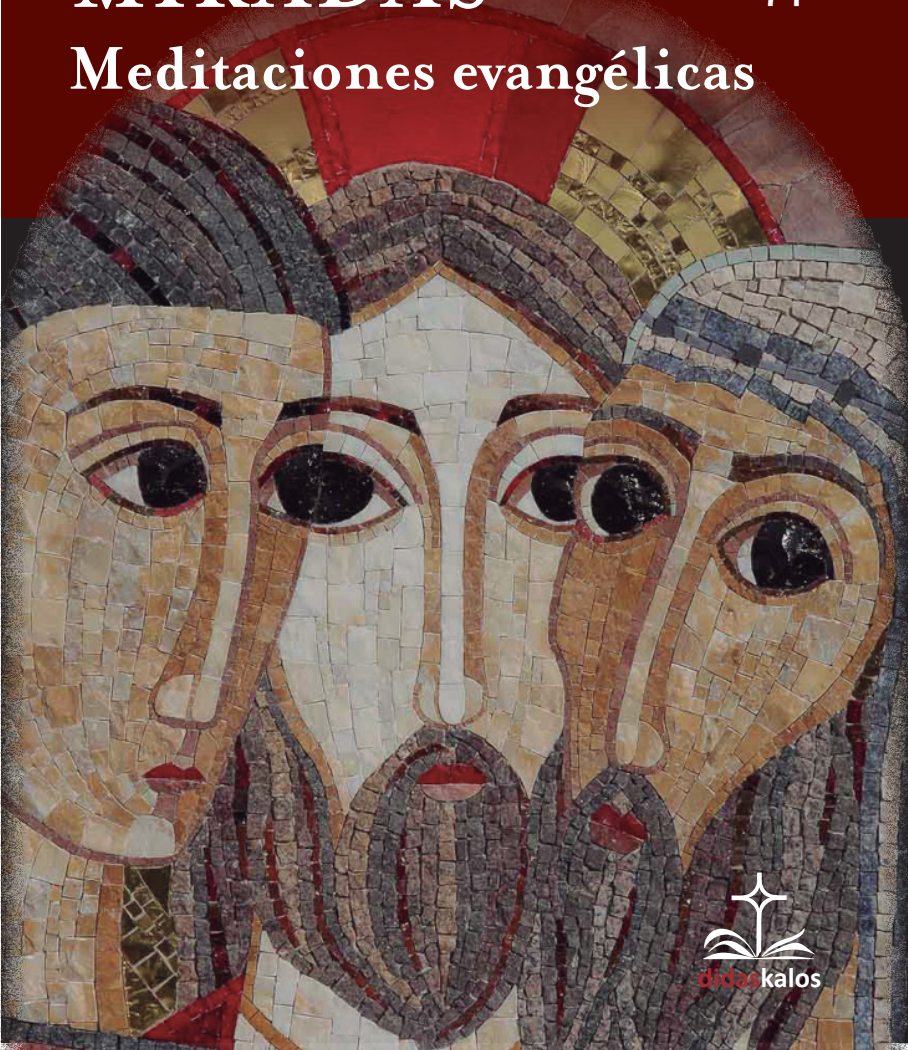


Gabriel Richi Alberti

CRUCE DE MIRADAS

Meditaciones evangélicas



GABRIEL RICHI ALBERTI

CRUCE
DE MIRADAS

Meditaciones evangélicas



Ilustración de Portada: *Via Crucis de Mengore*. Ivan Rupnik (2014).
“Atelier d’Arte e Architettura del Centro Aletti (www.centroaletti.com)”

© Autor: Gabriel Richi Alberti

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-12392-2022

ISBN: 978-84-17185-83-1

Maquetación: M.^a Teresa Millán Fernández

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Índice

	<i>Págs.</i>
PRESENTACIÓN	9
I. A DIOS NADIE LO HA VISTO JAMÁS	13
El resplandor de un Niño	13
Ver a Dios	17
Y habitó entre nosotros	24
II. LA MIRADA DEL PADRE	27
Una mirada filial	27
Este es mi Hijo	29
Mirado por el Padre, visto por los hombres.	33
Ver y dar testimonio	36
Quien me ve a mí, ve al Padre.	39
III. VENID Y VERÉIS	43
Pasando, vio	43
Afecto y trabajo.	46
Herida y pecado	50
Un cruce de miradas	54
IV. MIRANDO A LA MUCHEDUMBRE	59
Una mirada sin confines	59
Enseñar a la muchedumbre.	61
Una mirada compasiva	65
Una mirada libre	72

	<i>Págs.</i>
V. MIRANDO A CADA UNO	75
Por todos y por mí.	75
Mirando lo amó	77
Dios como criterio	82
Lo ha dado todo	85
VI. MIRANDO NUESTRA FE	89
Tu fe te ha salvado	89
Una fe más grande de lo que pensamos . . .	94
La fe y el ver	97
VII. MIRANDO NUESTRA DEBILIDAD	105
Mirada reconfortante	107
Mirada sanadora	109
Mirada vivificadora	112
VIII. MIRANDO NUESTRO PECADO	119
Una mirada que no es connivente	120
Una mirada compasiva	124
Una mirada que abraza	129
IX. MIRANDO LA HORA	133
Ver la victoria del Padre	135
Partícipes de su mirada	137
Mirad	139
La entrada en Jerusalén.	140
El lavatorio y la Eucaristía	142

	<i>Págs.</i>
X. MIRARÁN AL QUE TRASPASARON	149
Entrar en la Pascua de Jesús	149
Por el Espíritu	151
Tristeza y gozo	152
Una tentación permanente	154
Levantando los ojos al cielo	156
El drama de la libertad	157
La invitación a mirarse	160
La mirada de la fe	161
XI. MIRANDO AL RESUCITADO	165
El sepulcro vacío	166
Dudas	170
María Magdalena	172
Emaús	174
Tú lo sabes todo	178
XII. UNA MIRADA QUE PERMANECE	181
Miraban fijos al cielo	182
Anunciar lo que han visto	183
La mirada de Pedro	185
La ceguera de Pablo	189
Verán su rostro	193

Presentación

«Dejé mi casa y me adentré de lleno / en la extensa mañana, en su luz nueva. / Pudo no suceder, y sin embargo / la vida decidió que ocurriría. / Tú por tu lado, y por el mío yo / –sin presagios ningunos, distraídos–, / nos fuimos acercando hasta esa calle, / una calle cualquiera. Y coincidimos / en el instante aquel del universo. / Qué extraño su existir, qué inescrutable: / en su fugaz transcurso, nuestros ojos / supieron encontrarse en un relámpago / hecho de origen y de tiempo eterno». Así describe Eloy Sánchez Rosillo el cruce de miradas con la amada en su poema *Algo que no es azar*, de la antología *La rama verde*. Son palabras que nos resultan extremadamente

familiares porque expresan una de las experiencias elementares del ser hombre: el renacer de nuestra persona, de modo gratuito y antes impensable, gracias a un cruce de miradas, a un encuentro humanísimo que tiene el sabor de lo eterno.

Esta experiencia es, en cierto modo, profecía y anticipación del encuentro con el Resucitado en la comunidad cristiana. En ello ha insistido el papa Francisco: «No me cansaré de repetir aquellas palabras de Benedicto XVI que nos llevan al centro del Evangelio: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”» (*Evangelii gaudium* 7).

El encuentro con Jesucristo como cruce de miradas: esta es la intuición que ha guiado el acercamiento al testimonio evangélico que presentamos en estas meditaciones. Nos ha guiado el deseo de descubrir, a través de los diferentes encuentros de Jesús —y, sobre todo, a través de su camino hacia la hora en la que será glorificado por el Padre—, el origen, el horizonte y el actuarse de la mirada de Cristo como expresión humana de la mirada de Dios. Una mirada

que brota de la mirada del Padre y se extiende sobre las necesidades de los hombres: sobre todos y sobre cada uno personalmente, sobre su fe, pero también sobre sus límites, fatigas y pecados. Una mirada que se cumple definitivamente en la muerte y resurrección del Señor y que permanece hoy entre nosotros en la vida de los testigos del Resucitado.

Cruzar la mirada con Cristo: esta es la única finalidad de estas páginas.

Domingo de Resurrección

17 de abril de 2022

I.

A Dios nadie lo ha visto jamás

El resplandor de un Niño

Si a cualquiera de nosotros nos preguntaran qué significa ser cristiano y en qué consiste nuestra fe, todos, de una manera u otra, haríamos inmediatamente referencia a Jesús. No se nos ocurriría hacer una lista de doctrinas o de preceptos, hablaríamos inmediatamente de Él. Así hacen los mismos Papas:

No me cansaré de repetir aquellas palabras de Benedicto XVI que nos llevan al centro del Evangelio: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un

acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”¹.

Y así nos lo recuerda permanentemente la Iglesia, sobre todo a través de la liturgia que, de hecho, es también un instrumento educativo de primer orden, si no el principal y, sin duda, el más difundido. Pensemos, por ejemplo, en cómo la liturgia de la Iglesia nos hace celebrar la noche santa de Navidad. En la celebración de medianoche, escuchamos el evangelio según san Lucas: con los pastores escuchamos el anuncio de los ángeles y corremos hasta Jerusalén para poder contemplar al Niño que se nos ha dado, envuelto en pañales y recostado en un pesebre. Pero para poder asomarnos al misterio insondable de la Navidad, la liturgia de la Iglesia nos propone, en el evangelio del día, la lectura del Prólogo de san Juan. Es muy impresionante percibir la potencia educativa de la Iglesia. En la Misa de medianoche nos hace contemplar la escena, absolutamente concreta, del nacimiento del Señor en Belén. En la Misa del día, en cambio, abre ante nosotros el horizonte infinito

¹ FRANCISCO, *Evangelii Gaudium* 7, citando la encíclica de Benedicto XVI *Deus caritas est* 1.

de lo que ha acontecido, nos permite asomarnos a su significado. La liturgia de la Navidad, en efecto, conduce al ánimo cristiano desde la contemplación de María Virgen, que «dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre» (Lc 2,7), hasta la conciencia de que «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria» (Jn 1,14).

La gloria de Dios, el resplandor de su claridad infinita, se nos manifiesta, se nos ofrece y, en cierta medida, se encierra en la carne de este Niño que nace por nosotros. ¡Qué bien ha sabido reflejar la pintura cristiana este hecho cuando en tantos lienzos de la Natividad se percibe cómo toda la luz del cuadro brota de la carne del recién nacido, siendo Él quién ilumina toda la escena!

Al comenzar el camino de oración que proponen estas páginas, queremos sumergirnos en esta luz gloriosa que vemos brotar de la carne del Niño. Todos hemos tenido la experiencia de lo que significa la presencia de un niño recién nacido en una familia: ilumina la vida. Todos hemos podido comprobar cómo su misma presencia es más potente que todas nuestras resistencias y dificultades. Quizá, hemos llegado a ver al recién nacido preocupados por graves

dificultades que se han presentado en nuestra vida. O también por una gran pena, ante la muerte de alguien muy querido. O con la mente puesta en mil proyectos que tenemos ante nosotros y en la ilusión que esos planes nos provocan. El corazón puede estar lleno de tristeza, de inquietud, o de ilusión y esperanza, de pena o de alegría. No importa. Apenas cruzamos la puerta para conocer al recién nacido, una novedad inaudita e inimaginable se hace presente en nuestra vida y es capaz de captar nuestra atención. Ese niño, en su pequeñez, es capaz de sacarnos de nosotros mismos y de iluminar nuestro rostro. La potencia de la vida nueva se abre camino a través de la decadencia de nuestro existir fatigado, escéptico. No importa si, inmediatamente después, volvemos a nuestros problemas: por un instante la novedad del recién nacido se ha impuesto.

Esta dinámica que acabamos de describir es un pálido reflejo de lo que sucede ante la presencia de Jesucristo en nuestra vida. Independientemente de cómo nos encontremos, de las dificultades o alegrías en las que nos veamos inmersos, cuando Él se hace presente, una novedad se impone. Aunque sea solo un instante. Pero ese instante cuenta más que todo el resto, porque la sola y dulce presencia de Jesús ha

introducido en la historia de los hombres lo que ninguna mente podía imaginar y ningún corazón osaba esperar.

Ver a Dios

Pero quizá nosotros estemos demasiado acostumbrados. Vivimos como si el gran misterio de la Encarnación, es decir, del poder ver a Dios, fuese “lo normal”, lo que debía suceder. Muchas veces parece incluso que hemos perdido el asombro ante lo que nuestra fe nos hace conocer y amar, nos hace profesar.

Por eso, es necesario que comencemos por recuperar la conciencia del hecho que queremos contemplar, que recuperemos la conciencia de quién es Dios que se nos manifiesta.

Leemos en el libro del Éxodo:

Entonces, Moisés exclamó: “Muéstrame tu gloria”. Y él le respondió: “Yo haré pasar ante ti toda mi bondad y pronunciaré ante ti el nombre del Señor, pues yo me compadezco de quien quiero y concedo mi favor a quien quiero”. Y añadió: “Pero mi rostro no lo puedes ver, porque no puede verlo nadie y quedar con vida”. Luego dijo el Señor: “Aquí hay un

sitio junto a mí; ponte sobre la roca. Cuando pase mi gloria, te meteré en una hendidura de la roca y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después, cuando retire la mano, podrás ver mi espalda, pero mi rostro no lo verás” (Ex 33,18-23).

Moisés expresa el deseo más profundo del corazón del hombre: conocer la gloria de Dios. Cada uno de nosotros somos invitados a pronunciar en primera persona las mismas palabras de Moisés: «Muéstrame tu gloria». Somos invitados a que toda nuestra humanidad se haga súplica, mendigue la gloria del Señor. El primer signo de la presencia del Señor entre nosotros es precisamente su capacidad de devolver a nuestro deseo sus verdaderas dimensiones. Tenemos que reconocer, en efecto, que, a medida que pasa el tiempo, corremos el riesgo de ir aceptando que nuestro deseo se reduzca. Ese deseo inmenso que nos hizo decir sí al Señor y que nos hacía vibrar con la sola idea de poder ser completamente y para siempre suyos, de poder entregarle absolutamente todo... vemos que, poco a poco, incluso imperceptiblemente, se va empequeñeciendo. Pasamos, casi sin darnos cuenta, del deseo de Dios al deseo de una perfección que tiene nuestra medida —siempre demasiado mezquina—; y de ese deseo de perfección, que acaba por generar en noso-

tros profunda tristeza porque nunca llegamos a ser como pensamos que deberíamos ser, siempre nos quedamos por debajo de nuestras expectativas, pasamos de ese deseo de perfección al deseo de llevar una vida ordenada y tranquila, capaz de evitar los conflictos y de favorecer un cierto bienestar en la vida cotidiana. Pero no nos paramos ahí, el deseo sigue decayendo y, al final, se identifica con la aspiración a vivir una vida autónoma, independiente. Y todo esto bajo la apariencia de fidelidad. Pero, el Señor, que nos ha creado, ha hecho que nuestro corazón —a imagen del suyo— se resienta y no soporte durante mucho tiempo vivir de modo tan reducido: del deseo del rostro de Dios al deseo de la propia perfección, del deseo de la propia perfección al deseo de una vida tranquila, del deseo de una vida tranquila al deseo de autonomía... A medida que vamos recorriendo este camino de progresivas reducciones, nos va faltando el aire, dejamos de respirar. «Muéstrame tu gloria»: volvamos a las verdaderas dimensiones de nuestro deseo. Basta suplicarlo, mendigarlo.

Ante esta súplica el Señor siempre responde: «Y él le respondió: “Yo haré pasar ante ti toda mi bondad y pronunciaré ante ti el nombre del Señor, pues yo me compadezco de quien quiero y concedo

mi favor a quien quiero». Nos promete su bondad y pronunciar su nombre ante nosotros, pero al mismo tiempo nos pone en guardia y nos deja muy claro que no es posible forzarle la mano, es decir, no es posible que nuestro deseo se convierta en exigencia. Dios es Dios y se compadece de quien quiere y concede su favor a quien quiere, es decir, es absolutamente libre y soberano y nadie tiene derecho a exigirle nada.

Por eso el Señor añade: «Pero mi rostro no lo puedes ver, porque no puede verlo nadie y quedar con vida». Estas palabras denotan una de las cimas de la conciencia religiosa de la humanidad, tal y como la encontramos en el pueblo de Israel. Dios es Dios y de su presencia nos separa una distancia insalvable. Cualquier intento de poseer a Dios —porque esto es, en definitiva, ver su rostro— está condenado al fracaso. De hecho, cuando el hombre intenta representar a Dios cae inevitablemente en la idolatría: «Nuestro Dios está en el cielo, lo que quiere lo hace. Sus ídolos, en cambio, son plata y oro, hechura de manos humanas: tienen boca, y no hablan; tienen ojos, y no ven; tienen orejas, y no oyen; tienen nariz, y no huelen; tienen manos, y no tocan; tienen pies, y no andan; no tiene voz su garganta: que sean igual los que los hacen, cuantos confían en ellos» (Sal 115,3-8). Es muy im-

presionante percibir, en estas palabras del Salmo, cuál es la consecuencia de la idolatría: vivir en la ficción, es decir, nada de lo que aparece (boca, ojos, orejas, nariz, manos, pies, garganta...) es capaz de establecer una relación con la realidad. Cuando no se permite a Dios ser Dios, es decir, cuando no se respeta que el horizonte de todo lo que existe es el Misterio y se quiere poseer idolátricamente todo, inevitablemente las cosas dejan de hablar, de relacionarse con nosotros. Solo la distancia que establece el reconocimiento del Misterio que genera la realidad permite a la realidad donarse, comunicarse. Sin el Misterio nos condenamos a la incomunicabilidad: «que sean igual los que los hacen».

La prohibición de ver el rostro de Dios, por tanto, lejos de ser un retirarse por parte de Dios, un no concederse a los hombres, posee una profundísima intención educativa. Dios quiere salvaguardar nuestra libertad de la inevitable tentación idolátrica de querer poseer todo y, además, a nuestra medida. «Podrás ver mi espalda, pero mi rostro no lo verás»: con estas palabras, Dios mismo indica con claridad que no se retira de la relación con el hombre y, al mismo tiempo, nos dice que no está dispuesto a ser tratado por el hombre idolátricamente. No es posible poseer a Dios.

Se establece, así, una inevitable lucha entre Dios y el hombre. La encontramos reflejada en el célebre pasaje del Génesis:

Todavía de noche se levantó Jacob, tomó a las dos mujeres, las dos criadas y los once hijos, y cruzó el vado de Yaboc. Después de tomarlos y hacerles pasar el torrente, hizo pasar cuanto poseía. Y Jacob se quedó solo. Un hombre luchó con él hasta la aurora. Y viendo que no podía a Jacob, le tocó la articulación del muslo y se la dejó tiesa mientras peleaba con él. El hombre le dijo: “Suéltame, que llega la aurora”. Jacob respondió: “No te soltaré hasta que me bendigas”. Él le preguntó: “¿Cómo te llamas?”. Contestó: “Jacob”. Le replicó: “Ya no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido”. Jacob, a su vez, preguntó: “Dime tu nombre”. Respondió: “¿Por qué me preguntas mi nombre?”. Y le bendijo. Jacob llamó aquel lugar Penuel, pues se dijo: “He visto a Dios cara a cara y he quedado vivo” (Gén 32,23-31).

La conclusión del pasaje es muy significativa. Jacob afirma que ha visto a Dios y, sin embargo, lo único que se nos relata en el pasaje es que ha luchado con Él, ha sido herido y ha conseguido ser bendecido. De todo ello es signo el cambio de nombre. «He visto Dios cara a cara y he quedado vivo». Jacob nos

ayuda a comprender la diferencia que existe entre “exigir” ver el rostro de Dios y “luchar con Dios”. No se puede, en efecto, pretender conocer a Dios sin estar dispuesto a pagar personalmente, sin estar dispuesto a quedar herido, a quedar deslumbrado por su resplandor infinito. Si un hombre está dispuesto a dejarse herir por Dios, es decir, si no pretende relacionarse con Dios idolátricamente, como si fuese Alguien que se puede poseer, sino que lo reconoce como Dios, entonces, Dios lo bendice.

Pero, aun así, aun estando dispuestos a dejarnos herir —es algo que todos podemos preguntarnos: ¿estoy dispuesto a dejarme herir por la presencia de Dios, por la belleza de su rostro? Es más, ¿estoy dispuesto a permanecer herido para siempre?—, el rostro de Dios sigue siendo, en última instancia, inaccesible para el hombre. Todo el Antiguo Testamento está atravesado por este anhelo de ver el rostro de Dios y, al mismo tiempo, por la conciencia de la radical incapacidad de hacerlo: «Oigo en mi corazón: “Buscad mi rostro”. Tu rostro buscaré, Señor. No me escondas tu rostro» (Sal 27,8-9). Ver el rostro de Dios es algo que está fuera del alcance de nuestra mano.

A no ser que...

Y habitó entre nosotros

El prólogo del Evangelio según san Juan, que, como hemos dicho, ilumina el significado de lo que aconteció en la gruta de Belén, concluye con estas palabras: «A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer» (Jn 1,18).

Hemos conocido, por tanto, a Dios, a quien nadie ha visto jamás. Y hemos contemplado su rostro —ese que no se podía mirar sin morir— en los rasgos de su Unigénito hecho carne: «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos *contemplado* su gloria» (Jn 1,14).

Dios ha superado la distancia dándose a conocer en los rasgos de Jesús y, de este modo, ha hecho posible para nosotros lo que antes era imposible. Nos ha permitido verle humanamente. No imaginarle, no pensarle, no aspirar a Él o soñarle, sino verle, físicamente; verle, como se ve a un niño en la cuna o en brazos de su madre.

Esta es, en efecto, la insistencia que encontramos en el relato de san Lucas cuando nos habla de los pastores que van a Belén:

Y sucedió que, cuando los ángeles se marcharon al cielo, los pastores se decían unos a otros: “Vayamos, pues, a Belén, y *veamos* lo que ha sucedido y que el Señor nos ha comunicado”. Fueron corriendo y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. *Al verlo*, contaron lo que se les había dicho de aquel niño. Todos los que lo oían se admiraban de lo que les habían dicho los pastores. María, por su parte, conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Y se volvieron los pastores dando gloria y alabanza a Dios por todo lo que habían oído y *visto*, conforme a lo que se les había dicho (Lc 2,15-20).

Dios se ha hecho humanamente visible.

Pero no solo. Haciéndose hombre como nosotros, Dios no solo se ha hecho visible a nuestros ojos que son de carne, sino que ha comenzado a mirarnos humanamente. En efecto, el misterio de la Encarnación no es simplemente el misterio de Dios que se nos da a conocer humanamente, sino también el misterio de Dios que empieza a conocer humanamente: se nos da a ver humanamente y comienza a ver, a mirar humanamente. De manera que podemos decir que en Jesús nosotros vemos humanamente a Dios y Dios nos ve humanamente a nosotros.

El camino de contemplación que queremos recorrer a lo largo de estas páginas tiene como objeto reconocer en Jesús esta mirada humana de Dios sobre nuestra existencia. Queremos contemplar a Jesús mirando humanamente al Padre, a los hombres, al mundo entero. Queremos descubrir la novedad inaudita de una mirada humana que es la mirada de Dios².

² Afrontando la *mirada* como tema fundamental de estas meditaciones es necesario reconocer la aportación recibida a las mismas de la lectura del siguiente volumen: R. GÓMEZ MIRANDA, *Mirar amando. Pinceladas teológicas* (Manuscritos, Madrid 2020).

El encuentro con Jesucristo como cruce de miradas: esta es la intuición que ha guiado el acercamiento al testimonio evangélico de estas meditaciones. Se trata de sorprender el origen, el horizonte y el actuarse de la mirada de Cristo como expresión humana de la mirada de Dios.

Una mirada que brota de la mirada del Padre y se extiende sobre las necesidades de los hombres: sobre todos y sobre cada uno personalmente, sobre su fe, pero también sobre sus límites, fatigas y pecados. Una mirada que se cumple definitivamente en la muerte y resurrección del Señor y que permanece hoy entre nosotros en la vida de los testigos del Resucitado.

